

IMPERIO, AUGE Y DECLIVE AMERICANO:

la tradición declivista estadounidense
en los siglos XIX y XX

Marcos Reguera

Universidad del País Vasco (UPV/EHU)

Resumen: La nostalgia imperial es una emoción política capaz de orientar el discurso e identidad nacional de importantes estratos poblacionales. Puesto que los Estados Unidos son el único Estado-nación que en la actualidad no ha perdido su imperio, este imaginario social se presenta a través de la filosofía de la historia declivista. En este artículo consideraré la lógica histórica subyacente al discurso declivista desde el doble movimiento de auge y declive. Para el discurso del auge me centraré en los conceptos de Destino Manifiesto y Siglo Americano, mientras que para la perspectiva declivista consideraré los debates imperiales de la Guerra Fría.

Palabras clave: Declive, auge, filosofía de la historia, nostalgia imperial, Destino Manifiesto, Siglo Americano.

Abstract: Imperial nostalgia is a political emotion with great impact on the national discourse and identity of great mass of population. Due to the United States being the only nation-state that has not currently lost its empire, this social imaginary is presented through the declivist philosophy of history. In this article I will consider the historical logic underlying the declivist discourse from the double perspective of rise and fall. For the discourse about imperial rise I will focus on the concepts of Manifest Destiny and the American Century, while for the declivist perspective I will consider the imperial debates of the Cold War.

Keywords: Decline, rise, Philosophy of History, imperial nostalgia, Manifest Destination, American Century.

Recibido: 16-06-21.

Revisado: 04-11-21.

Aceptado: 02-12-21.

1. Imperio, nostalgia y declive en la conciencia temporal estadounidense

La relación entre imperio y nostalgia en los Estados Unidos resulta paradójica: la nostalgia es una emoción vinculada al anhelo de tiempos y espacios sentidos como propios, y simultáneamente percibidos como perdidos por el sujeto y su comunidad de referencia. Como bien indica Svetlana Boym, la nostalgia no se circunscribe específicamente al pasado imaginado, sino que se trata de una emoción que vincula un pasado que se siente perdido, con un presente percibido como problemático, junto a un futuro cuyas características se anhela que retornen a aquellas del pasado rememorado nostálgicamente. A diferencia de la melancolía, que es estrictamente individual, la nostalgia es producto del encuentro de la memoria personal con sus referentes colectivos, y es por tanto una expresión individualizada de los imaginarios sociales creados, aprendidos y compartidos colectivamente. El sentimiento nostálgico surge por tanto como una reacción a la percepción de una pérdida que moviliza al recuerdo, lo que conduce a rememorar desde el anhelo aquel objeto nostálgicamente recordado.¹

Ahora bien, de entre todos los países que han constituido una forma imperial a lo largo de su historia, los Estados Unidos son el único que en la actualidad no ha perdido su estatus de potencia hegemónica, y que por lo tanto puede reclamar hoy en día un imperio funcional y operativo. Por este motivo la nostalgia imperial no se presenta en los Estados Unidos en la forma del anhelo de un imperio perdido, sino a través de una conciencia temporal distinta: la del declive imperial.

Declive y decadencia son dos formas hermanadas de concepción del tiempo histórico. Ambas se fundamentan en una perspectiva cíclica del tiempo animada por una metáfora organicista. Las concepciones del tiempo histórico declivistas y decadentistas conciben las sociedades como si fueran seres vivos dotados de distintas fases de crecimiento: un estadio inicial de desarrollo (auge) en el que una sociedad, Estado o civilización desplegaría sus características definitorias y se expandiría animada por un dinamismo interior. A esta fase le seguiría un segundo momento de plenitud (apogeo) en donde la sociedad/Estado/civilización alcanzaría su grado máximo de desarrollo y poder, pudiendo lograr un estatus de carácter imperial. Finalmente, acaecería un último estadio de declive o decadencia (caída) en donde dicha sociedad/Estado/civilización enfrentaría numerosas contradicciones internas que darían lugar a constantes crisis, cuya concatenación da-

¹ Svetlana Boym, *El futuro de la nostalgia* (Madrid: Antonio Machado Libros, 2015), pp. 18-24.

ría lugar a una pérdida de prestigio y poder, e incluso conducirían a la desaparición de la forma política en cuestión.²

Esta cosmovisión temporal se hace eco de la metáfora organicista de las edades del hombre, asimilando los estadios de auge, apogeo y caída con las etapas de juventud, madurez y senectud de los seres humanos. El decadentismo y el declivismo son aquellos imaginarios sociales y sus discursos que fundamentan su concepción del tiempo histórico en este patrón temporal, haciendo hincapié en la fase terminal del modelo como marco interpretativo de su sociedad y momento histórico. La gran diferencia entre decadencia y declive (así como entre decadentismo y declivismo) se encontraría en que, mientras que la decadencia tiende a comprenderse como un estadio histórico reversible (pudiendo conducir a un nuevo auge si se atajasen las causas de la decadencia), el declive por su parte se comprende como una caída irreversible que en el mejor de los casos puede retrasarse, pero no evitarse.³

Decadencia y declive tienen como contraconcepto asimétrico las edades de oro, un contraejemplo de pasado idealizado en cuya comparación se define el carácter decadente o declinante de una sociedad. Por esta razón, el decadentismo y el declivismo son por fuerza cosmovisiones nostálgicas, pues no pueden definirse sin relacionarse con una época de grandeza perdida que se pretende recuperar. Ahora bien, en esta cosmovisión temporal el pasado no solo ofrece ejemplos idealizados de edades de oro pretéritas; el decadentismo y el declivismo también se asientan sobre un repertorio de imágenes de antiguas naciones e imperios que declinaron y desaparecieron hundidos por sus crisis y decadencia. La caída del Imperio romano, la decadencia y desmembración del Imperio español o el colapso del Imperio chino durante la dinastía Qing son algunos ejemplos arquetípicos de decadencias y declives imperiales que constituyen un imaginario catastrofista con el que se trazan constantes analogías sobre la caída y desaparición de las grandes potencias.⁴

Este carácter analógico de la mentalidad declivista y decadentista pretende dotar a estos discursos de una performatividad reactiva que sirva de revulsivo y que incite a la acción. Estos discursos pretenden reactivar a una sociedad que consideran letárgica por medio de referencias nostálgicas a una edad de oro perdida, así como por medio

² Neville Morley, "Decadence as a Theory of History", *New Literary History*, Vol. 35, No. 4, Forms and/of Decadence (Autumn, 2004), pp. 573-574; Arthur Herman, *La idea de decadencia en la historia occidental*, (Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1998), p. 23.

³ Morley, "Decadence as a Theory of History", p. 577.

⁴ Morley, "Decadence as a Theory of History", p. 578; Herman, *La idea de decadencia en la historia occidental*, pp. 23-29; Reinhart Koselleck, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Editorial Paidós, 1993), pp. 205-211.

de admoniciones aleccionadoras señalando la suerte de los antiguos imperios caídos, cuyas ruinas se yerguen como una advertencia del futuro que podría deparar a la sociedad en cuestión si no se cambia de rumbo. Los imperios caídos y las edades de oro son el palo y la zanahoria de los discursos declivistas y decadentistas, que utilizan las analogías y mitos históricos como las dos estrategias discursivas fundamentales a la hora de constituir sus cosmovisiones.

Por todos estos motivos la concepción del tiempo histórico declivista-decadentista se ha erigido en la modernidad como una cosmovisión temporal alternativa a la idea de progreso que dominó el relato histórico hasta la Segunda Guerra Mundial. Frente a la idea de que las sociedades avanzarían indefinidamente a través del progreso técnico-económico superando los límites impuestos por la naturaleza, el modelo declivista-decadentista ha defendido la idea de la fugacidad de todas las empresas humanas, cuyo tiempo de desarrollo estaría condenado a expirar tras un breve periodo de auge y cenit.⁵

La evidencia empírica sobre la sucesión de grandes potencias con sus subsiguientes transformaciones en las relaciones de poder (debido a los cambios constantes de actores hegemónicos a lo largo de la historia), la constatación de esta realidad ha provocado que este enfoque sea muy popular entre los estudiosos de las relaciones internacionales y en la historia de las superpotencias.

En el ámbito de las relaciones internacionales Paul K. MacDonald y Joseph M. Parent han propuesto la distinción entre un declive relativo y uno absoluto a la hora de considerar la primacía internacional de los grandes poderes. De acuerdo con su hipótesis una gran potencia sufriría un declive relativo en aquellas etapas en que esta pierda poder con respecto a sus principales competidores durante un periodo continuado de cinco años, o bien cuando una nueva potencia emergente sea capaz de disputar al *hegemón* su propio espacio durante un periodo similar. En ambos casos el gran poder perdería la prima de dominio internacional que le brindaría su posición, pudiendo verse desplazado de manera definitiva de la misma. Cuando la potencia hegemónica es incapaz de revertir esta situación, o cuando esto sucede de manera rápida y abrupta, sin ofrecer espacio de acción a la potencia hegemónica, el declive pasaría de ser relativo a devenir en absoluto, con lo que la gran potencia perdería de manera definitiva su carácter hegemónico.⁶

Tradicionalmente se ha considerado que las grandes potencias en declive son más propensas a echar mano de soluciones bélicas en un

⁵ Morley, "Decadence as a Theory of History", p. 579.

⁶ Paul K. MacDonald y Joseph M. Parent, *Twilight of the Titans: Great Power Decline and Retrenchment* (Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2018), pp. 5-6.

intento desesperado de mantener el *statu quo*. Esta ha sido la tesis defendida por Graham Allison con la hipótesis de la “trampa de Tucídides”. Según este autor, cuando una nueva potencia amenaza con eclipsar al *hegemón* del momento, este reaccionaría para conservar su poder de tal modo que la guerra sería el escenario casi inevitable. La razón de la supuesta inevitabilidad del conflicto en momentos de transición hegemónica tendría su origen en la inestabilidad derivada de la descomposición del orden internacional dominante, en donde las tensiones escalarían de manera incontrolable sin que el antiguo hegemón pueda hacer nada por controlar sus efectos colaterales, debido a la inseguridad de su posición y al deseo de retenerla a toda costa. En este contexto, no solo la posición consciente de los actores internacionales promovería actitudes belicistas, sino que el propio estado de inestabilidad internacional sería fuente de accidentes y malentendidos con poder potencial de desatar un conflicto, aunque este no sea buscado y deseado por el *hegemón* cuestionado o por la nueva potencia en ascenso.⁷

En este contexto de lucha por la hegemonía las grandes potencias cuestionadas serían también proclives a sufrir parálisis políticas provocadas por la competición entre las distintas facciones de su sistema político por la percepción de un poder que mengua cada día, lo que agudizaría los conflictos internos actuando como una profecía autocumplida de su declive. Ahora bien, de acuerdo con los estudios realizados por MacDonald y Parent la respuesta más común ante la situación de declive relativo no sería el belicismo y la parálisis política, sino la búsqueda de reformas y reajustes que permitan a la gran potencia reasignar sus recursos internos de manera más eficiente para combatir su decadencia y recuperar de esa manera la primacía del poder. Sin embargo, las estrategias de reajuste no siempre darían los frutos esperados, bien porque en ocasiones estas llegan demasiado tarde para detener la tendencia declinante, bien porque las élites dirigentes no llegan a acertar sobre las causas del declive y las mejores políticas para detenerlo, o porque dichas medidas resultan insuficientes para evitar el relevo de una potencia competidora.⁸

En cualquiera de los casos, cuando el discurso declivista-decadentista se adueña de la opinión pública de un país y se vuelve sentido común entre su clase política, esto provoca profundas transformaciones en la cultura política del país percibido en declive, cuyo resultado es que su clase política reaccione redireccionando multitud de recursos para atajar la crisis del declive por cuantos medios sean necesarios.

⁷ Graham Allison, *Destined for War: Can America and China escape Thucydides' Trap?* (Melbourne y Londres: Scribe, 2017), pp. 12-14.

⁸ MacDonald y Parent, *Twilight of the Titans*, pp. 7-8, 12-13, 20-21.

En la modernidad ha habido numerosos autores que se han hecho famosos por sus tesis declivistas y que han ejercido un profundo impacto entre los políticos de su generación: Edward Gibbon con su *Historia del declive y caída del imperio romano* (1776), Oswald Spengler con *La decadencia de occidente* (1918), Arnold J. Toynbee mediante su *Estudio de la historia* (1933-1961) y más recientemente Paul Kennedy con su obra *Auge y caída de las grandes potencias* (1987). Todos estos autores han contribuido a cimentar una tradición intelectual declivista que no solo tuvo un gran impacto en su época, sino que ha generado un tropo intelectual que actúa como recurso recurrente cada vez que una gran potencia atraviesa dificultades y enfrenta los desafíos de su posible declive.⁹

El primero y más celebre de todos fue Edward Gibbon, quien en el contexto de la crisis surgida por la Reorganización Imperial británica tras la Guerra de los Siete años le condujo a escribir y a publicar en 1776 la *Historia del declive y caída del imperio romano*. Gibbon desplegó el primer gran relato declivista de la modernidad a través de la narración de la decadencia y caída de la antigua Roma, con la que pretendía plantear analógicamente las razones por las que el imperio talasocrático inglés se salvaría de su declive pues, a pesar de encontrarse en crisis con sus colonias, encontraría la salvaguarda de la virtud en el comercio, factor que generaría un espíritu industrial entre la población evitando la corrupción de las costumbres y preservando su grandeza imperial.¹⁰

Gibbon ejerció una poderosa influencia sobre los *Padres fundadores* estadounidenses, pues a través de su obra planteó un dilema sobre la finitud de las repúblicas que obsesionó a esta generación de estadistas en el momento en que comenzó la Revolución americana. El historiador Arthur Schlesinger Jr. planteó durante el apogeo del debate declivista de los años 80 del siglo XX que los Padres fundadores tuvieron como una de sus máximas preocupaciones la pervivencia de las instituciones republicanas de la nueva nación que habían creado. Los Padres fundadores habían interiorizado la idea polibiana de la anaciclosis, según la cual las constituciones simples contenían en su interior el germen de su declive por la desigual distribución del poder entre sus partes, lo que daría lugar a la corrupción de las constituciones y a un eterno ciclo de auge y caída de las distintas formas políticas contribuyendo a la inestabilidad de la república.¹¹

⁹ Herman, *La idea de decadencia en la historia occidental*, pp. 36-37, 229-250, 259-287, 389-371.

¹⁰ *Ibid*, pp. 36-37; John G. A. Pocock, *Barbarism and Religion Vol. 3: The First Rise and Fall* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), pp. 112-137.

¹¹ Arthur M. Schlesinger, Jr., *Los ciclos de la historia americana* (Madrid: Alianza editorial, 1988), pp. 28-29; John G. A. Pocock, *El momento maquiavélico: el pensamiento*

Los Padres fundadores asumieron el argumento declivista de Polibio y lo interpretaron a la luz de las tesis moralista de Gibbon sobre la decadencia del Imperio Romano por la corrupción de las virtudes cívicas. Este marco interpretativo se vio así mismo reforzado por la obra declivista del Conde de Volney, *Las ruinas de Palmira o Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios* (1791), autor y revolucionario francés muy admirado por Napoleón quien lo reclutó como especialista en su expedición a Egipto, así como por los Padres fundadores, quienes le nombrarían miembro honorario de la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia, y cuya obra empezó a ser traducida al inglés por el propio Thomas Jefferson. En la tradición republicana atlántica se hizo muy importante el argumento declivista del triunfo de la tiranía sobre las libertades republicanas, cosmovisión imperante en el Julio César de Shakespeare, así como en las lecturas de los autores moralistas romanos de la época tardorrepublicana e imperial temprana, como Cicerón, Tácito, Tito Livio y Lucano, cuyas obras eran de lectura obligatoria en los *colleges* coloniales durante la Ilustración americana. A través de un método hermenéutico figurativo los Padres fundadores se concibieron a sí mismos como una nueva clase patricia fundadora de una nueva Roma en el continente americano. Esta república neorromana debería garantizar las libertades individuales y los derechos naturales que habían sido pisoteados por la “tiranía del rey Jorge”.¹²

Durante los primeros años de la Revolución los referentes del mundo grecorromano aportaron un repertorio de ejemplos y contraejemplos con los que fundamentar una cosmovisión cívica alternativa al despotismo ilustrado imperante en el continente europeo. Sin embargo, la cosmovisión clasicista se encontraba tan intrínsecamente ligada al declivismo en el pensamiento ilustrado estadounidense que los Padres fundadores decidieron abandonar los referentes del pasado para acabar fundamentando su sistema político en el federalismo: la república dejaría de ser comprendida como una forma de gobierno mixto (en virtud de la tradición política aristotélica), para ser entendida como un sistema representativo implementado sobre un vasto territorio.

político florentino y la tradición republicana atlántica, (Madrid: Tecnos, 2008), pp. 617-619; Polibio, *Historia: libros V-XV* (Madrid: Editorial Gredos), 2000, pp. 149-162.

¹² Gordon S. Wood, *The Creation of the American Republic 1776-1787* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1998), p. 50; Carl J. Richard, *The Founders and the Classics: Greece, Rome and the American Enlightenment* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1994), pp. 51-55; Eran Shalev, *Rome Reborn on Western Shores* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2009), pp. 10-15; Roger L. Geiger, *The History of American Higher Education: Learning and Culture from the Founding to the World War II* (Princeton, Princeton University Press, 2015) pp. 48-57, 89-109.

Esta idea quedó bien reflejada en el Federalista n° 10, texto fundacional en el que Madison señaló el espíritu faccionalista como una de las causas del declive y caída de los imperios de la antigüedad. La solución propuesta por Madison sería la creación de un sistema representativo en donde la delegación del acto de gobierno, junto a la gran extensión de la república, ambos factores combinados, anularían el poder de las facciones, ya que los ciudadanos no podrían reunirse en persona para imponer sus asuntos privados en política, y un gran territorio implicaría una gran población, lo que aumentaría las posibilidades de escoger a los políticos más virtuosos al haber más candidatos entre los que elegir.¹³

La constitución federal fue concebida por los federalistas como un seguro de la república contra el efecto destructor del tiempo que conducía al declive de los sistemas políticos: El problema del peligro de la tiranía quedaría conjurado por medio de la separación y vigilancia de poderes que asegurarían que el gobierno sería de las leyes y no de los hombres, y el problema de las facciones habría quedado resuelto mediante la implementación de un sistema representativo a lo largo de un gran territorio. A esto los Padres fundadores lo denominaron el *experimento americano*, pues suponía ensayar una forma política nunca probada en la antigüedad que tenía como fin impedir el declive y caída de la libertad y la forma republicana de gobierno.¹⁴

De esta manera, Madison y los federalistas propusieron una solución completamente contraintuitiva al problema del declive de las repúblicas: Gibbon había señalado la sobreextensión territorial como uno de los factores que condujeron al declive y caída del Imperio Romano, ya que la sobreextensión territorial habría obligado a la república a depender de los ejércitos permanentes para asegurar el cumplimiento de su autoridad, lo que empoderó a los generales que acabaron volviendo el poder de los ejércitos contra la propia república. Pero para la generación revolucionaria no existía una contradicción fundamental entre imperio y república, ya que la antigua república romana se había expandido por el Mediterráneo durante varios siglos sin comprometer su forma republicana de gobierno. El problema del imperio para los *Padres fundadores* se encontraba en la lógica del *decline and fall*, en la presunción de que con la sobreextensión imperial el poder de la república se difuminaba, lo que alentaba el faccionalismo que conducía a los conflictos civiles, elevando de esta manera el peligro de que llegasen los tiranos acompañados por sus ejércitos permanentes. Por esta razón las repúblicas de la

¹³ George W. Carey. y James McClellan [eds.], *The Federalist* (Indianapolis: Liberty Fund, 2001), pp. 88-93.

¹⁴ Schlesinger, Jr., *Los ciclos de la historia americana*, pp. 28-29.

antigüedad se habrían visto atrapadas en la encrucijada de tener que elegir entre su extensión territorial o garantizar la salvaguarda de su espíritu cívico.¹⁵

Los Padres fundadores crearon con su proyecto político una compleja paradoja: el declive de la República romana tenía su origen en la corrupción de la virtud, resultado del empoderamiento de los tiranos a través de los ejércitos permanentes que eran necesarios para controlar el vasto imperio territorial de Roma. Pero al mismo tiempo, la solución para evitar el declive de la república americana se encontraba en su expansión territorial, cuyas tierras serían necesarias para hacer propietarios a los ciudadanos americanos, quienes desde su independencia económica podrían salvaguardar la nueva república americana de la tiranía. Si en el pasado el carácter imperial de la república había estado en el origen de su declive, para la república estadounidense, y en virtud del experimento americano, el imperio sería la salvaguarda contra el declive de la república.

Esta ambivalencia del sistema político estadounidense con el referente imperial es el que explica en buena medida la incomodidad cultural de los estadounidenses de autoidentificarse como un imperio. Esto queda patente en los numerosos debates imperiales que se dieron durante la segunda mitad del siglo XX como resultado del ejercicio de la hegemonía americana en la Guerra Fría y durante la posterior etapa unipolar.

A lo largo de los siguientes apartados detallaré las características de los debates sobre el carácter imperial de los Estados Unidos, así como sobre las discusiones a cerca de su hipotético declive durante los siglos XIX y XX. Estos debates han conformado una suerte de tradición intelectual que será muy relevante para los debates sobre el declivismo americano.

Ambos debates, el imperial y el declivista, son dos caras de una misma moneda, dos discusiones que definen con bastante precisión la complejidad de la identidad nacional estadounidense ante el problema de su hegemonía. Pero antes de introducirme en ellos expondré brevemente los dos conceptos que vehiculizaron el discurso sobre su auge imperial: los conceptos de Destino Manifiesto y de Siglo Americano.

¹⁵ Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 85-122; Pocock, *Barbarism and Religion Vol. 3: The First Rise and Fall*, pp. 210-211; Peter S. Onuf, *Jefferson's Empire: The Language of American Nationhood* (Charlottesville: University Press of Virginia, 2000), pp. 60-61, 76.

2. El discurso sobre el auge americano: Destino Manifiesto y American Century

El discurso sobre el auge americano tuvo su primera formulación fundamental durante los debates sobre la anexión de Texas y Oregón del periodo 1835-1848, en los que destacó el periodista e ideólogo demócrata John L. O'Sullivan, quien formuló por primera vez el concepto de Destino Manifiesto. Este concepto contenía la doctrina expansionista que acabó por convertirse en el marco ideológico del imperialismo estadounidense en la segunda mitad del siglo XIX, así como el principal discurso sobre su auge imperial.

O'Sullivan realizó una primera formulación de la filosofía de la historia subyacente al Destino Manifiesto en el año 1839, en un editorial de la *United States Magazine and Democratic Review* titulado “La gran nación del porvenir”. En este editorial O'Sullivan defendió que los Estados Unidos, no conservaban ningún vínculo con el pasado; ni con sus crímenes ni con su gloria, pues su población provenía de muchas naciones distintas, y por medio de la revolución y de la Declaración de independencia los estadounidenses habrían roto con la tradición precedente inaugurando un nuevo capítulo de su historia, en nuevo tiempo inaugurado sobre principios completamente novedosos. A partir de estas premisas O'Sullivan se planteó la razón del declive y caída de las naciones, y encontró como respuesta a esta pregunta la sucesión de las distintas formas políticas que habían dominado desde la antigüedad:

¿Cuántas naciones han tenido su declive y caída debido a que la igualdad de derechos de la que disfrutaba una minoría fue truncada por el despotismo de la mayoría; o el interés de la mayoría sacrificada a la aristocracia de los pocos; o los derechos e intereses de todos rendidos a la monarquía personal? Estas tres formas de gobierno han figurado tan frecuentemente y por tanto tiempo en las eras pretéritas que, de su historia, en todo el tiempo por venir, tan sólo se nos puede ofrecer una vaga aproximación. De la misma manera que las causas generan sus efectos, el verdadero filósofo de la historia discernirá fácilmente que el principio de la igualdad, o del privilegio, trazan su inevitable resultado. El primero es regenerativo porque es natural y correcto; el segundo es destructivo para la sociedad, porque es artificial y falso.¹⁶

O'Sullivan se hizo eco de la lectura polibiana que los Padres fundadores hicieron de la tradición política aristotélica, y al igual que estos consideró que las naciones tenían su declive por la desigualdad de

¹⁶ [John L. O'Sullivan], “The Great Nation of Futurity”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 6, N. 23, (Nov., 1839), p. 426. (Todas las traducciones son mías)

poder y la imposibilidad de gestionar el conflicto civil que dicha desigualdad generaba. Para O'Sullivan, la clave que permitiría al sistema político estadounidense evitar el declive se encontraba en el principio de la igualdad, expresado a través del sistema democrático. Pero la democracia americana, a diferencia de la democracia griega de la antigüedad, se basaba en el sistema representativo, en lo que los Padres fundadores habían conceptualizado como el *experimento americano*, y dicho experimento era concebido como una ruptura con los referentes del pasado.¹⁷

O'Sullivan planteó en términos providencialistas que el sistema político estadounidense suponía una novedad sin precedentes históricos: el pasado y sus ejemplos serían un referente para evitar, y los principios políticos americanos convertirían el futuro expansivo en el área en que se desplegaría la historia americana. La imagen de los Estados Unidos marchando triunfales como representación del progreso, expandiéndose imparables por el continente americano, supuso el primer discurso de auge de los Estados Unidos como imperio en proyección. Esto quedó del todo patente en el párrafo en que O'Sullivan habló por primera vez sobre el destino que estaría llamado a manifestar su nación:

El lejano e ilimitado futuro será la era de la grandeza americana. En su magnífico dominio del espacio y del tiempo la nación de muchas naciones está *destinada a manifestar* a la humanidad la excelencia de los principios divinos; el establecimiento en la tierra del templo más noble nunca dedicado al culto del Altísimo: lo Sagrado y lo Verdadero. Su suelo será un hemisferio, su techo el firmamento repleto de estrellas, y su congregación una Unión de muchas Repúblicas, abarcando cientos de felices y clamorosos millones, sin ser poseídos por ningún amo humano, sino gobernados por la ley natural de Dios en igualdad, la ley de la fraternidad: de "paz y buena voluntad entre las personas".¹⁸

O'Sullivan planteó a través de varias metáforas religiosas y arquitectónicas una visión providencialista sobre el futuro auge de los Estados Unidos, en donde el país ejercería como ejemplo de referencia de los principios más avanzados para el mundo, a la par que se expandiría por el continente americano extendiendo su forma de gobierno con él. En esta teorización de O'Sullivan esbozó por primera vez el que será el hilo argumental fundamental del imperialismo estadounidense: el ideal de los Estados Unidos como repositorio y garante de la democracia a nivel global, cuya misión nacional consistiría en la extensión mundial de este principio y sistema político. De esta manera, el dis-

¹⁷ *Ibid*, p. 427.

¹⁸ *Ibid*, p. 427. Subrayado mío.

curso sobre el auge americano en tanto que nación del futuro trajo consigo una visión expansionista de la nación en donde democracia e imperialismo quedaron fusionados como parte de la razón de Estado e interés nacional estadounidense.

Este imperialismo democrático y liberal se corresponde con el modelo propuesto en 1953 por John Gallagher y Ronald Robinson conocido como “Imperialismo de libre comercio”, que según dichos autores se caracterizaría por el establecimiento de estructuras de imperialismo formal e informal en donde estas últimas jugarían el papel predominante del modelo. Esta forma de imperialismo tendría como su característica fundamental la integración de nuevas regiones a un núcleo económico dominante, lo que posibilitaría establecer una relación entre el centro y la periferia caracterizadas por la dependencia económica y cultural de los actores subordinados con respecto a la potencia imperial. En esta forma de imperialismo el control colonial directo sería menos relevante que los vínculos de interdependencia económica, lo que posibilitaría ejercer un dominio imperial sin necesidad de crear estructuras tan evidentes de imperialismo formal. Es por este motivo que los imperios que han favorecido estas estrategias de dominación internacional han hecho del libre comercio su estandarte de política exterior.¹⁹

Este imperialismo de libre comercio quedó patente en la teorización de O’Sullivan, que planteó una suerte de liberalismo mesiánico y expansionista que sería prevalente en discursos imperiales posteriores:

Debemos avanzar hacia el cumplimiento de nuestra misión: el desarrollo total del *principio* de nuestra organización: libertad de conciencia, libertad personal, libertad de comercio y empresa, universalidad en la libertad y en la igualdad. Este es nuestro alto destino, y por motivo del eterno e inevitable decreto de causas y efectos determinados por la Naturaleza lo cumpliremos. Todo esto supondrá nuestra historia futura, el establecimiento en la tierra de la dignidad moral para la salvación del hombre: la inmutable verdad y beneficencia de Dios. América ha sido elegida para esta sagrada misión, pues las naciones del mundo claman por la vigorizante luz de la verdad. Y su gran ejemplo herirá de muerte a los tiránicos reyes, a las jerarquías y oligarquías, y traerá la buena nueva de paz y buena voluntad entre las multitudes que en la actualidad malviven en una existencia poco más envidiable que la de las bestias que habitan en los campos. ¿Quién dudará entonces que nuestro país está destinado a ser *la gran nación del porvenir*?²⁰

¹⁹ John Gallagher y Ronald Robinson, “The Imperialism of Free Trade”, *The Economic History Review*, New Series, Vol. 6, No. 1 (1953), pp. 5-6, 13.

²⁰ *Ibid.*, p. 430.

En 1845 la incorporación de Texas a la Unión se hizo efectiva, y tras esta los altercados fronterizos con México dieron la excusa perfecta al presidente Polk para iniciar una guerra ofensiva contra su vecino meridional, que de 1846 a 1848 tuvo que enfrentar la invasión y ocupación estadounidense hasta la firma del tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848), por el cual los Estados Unidos obtuvieron todos los territorios mexicanos al norte del Río Grande. En 1848 Polk consiguió también lograr un acuerdo con Gran Bretaña para cerrar la disputa de Oregón, obteniendo todos los territorios al sur del paralelo 48. De esta manera, el discurso triunfalista de O'Sullivan acompañó y legitimó ante la opinión pública estadounidense el mayor proceso de adquisición territorial experimentado por los Estados Unidos desde la compra de Luisiana, lo que reforzó la plausibilidad del ideal de auge imperial contenido en su discurso.

En 1898 la derrota de España por parte de los Estados Unidos durante la Guerra Hispano-Estadounidense terminó por afianzar la posición estadounidense como gran potencia hemisférica, y esto se vio acompañado por un resurgimiento del discurso del auge imperial con el *revival* de la Doctrina Monroe (a la que posteriormente se le añadiría el Corolario Roosevelt), así como el resurgimiento del concepto de Destino Manifiesto, que en esta ocasión no vendría para justificar una expansión territorial, sino la creación de un imperio insular de carácter hemisférico.

Las décadas posteriores se caracterizarán por un constante intervencionismo estadounidense en los asuntos internos de las repúblicas latinoamericanas, lo que irá erosionando su prestigio en la región, obligando en 1933 al presidente Franklin D. Roosevelt a declarar la Política de Buena Vecindad que, si bien no acabó con la intromisión estadounidense en la región, sí supuso un cierto cambio de dirección en la relación con Latinoamérica. Por otra parte, los constantes conflictos europeos durante la época de entreguerras provocaron que los Estados Unidos basculasen hacia una posición aislacionista durante todo ese periodo, acuciados por la necesidad de reconstruir su economía tras la Gran Depresión. Las únicas notas discordantes a este aislacionismo fueron la intervención del país en la Primera Guerra Mundial propiciada por el presidente Woodrow Wilson, y la entrada en la Segunda Guerra Mundial tras el ataque a Pearl Harbour en 1942.

Fue en los prolegómenos de la incorporación de los Estados Unidos al bando aliado que el empresario y editor Henry Luce acuñó el concepto de Siglo Americano, término que sucedería al declinante concepto de Destino Manifiesto como el gran imaginario social sobre el auge estadounidense durante el siglo XX. Luce era uno de los grandes magnates de la comunicación estadounidense a mediados del siglo XX, dueño de las

revistas *Time* y *Life*, desde las que ejerció una importante labor a la hora de conformar la opinión pública estadounidense. Luce había nacido en China de padres americanos durante el periodo de Política de puertas abiertas, en plena decadencia del Imperio Quin. En su juventud había vivido en Gran Bretaña, siendo testigo del poderío del Imperio Británico, pero también de su declive internacional, y durante un tiempo vivió en Roma, estancia en la que reflexionó sobre el auge de América y la caída de la antigua Roma. Todas estas experiencias vitales influyeron enormemente en Luce, imprimiendo en él una conciencia histórica de carácter declivista que le condujo a la conclusión de que el tiempo del predominio británico había llegado a su fin, permitiendo el auge definitivo de los Estados Unidos como gran potencia. En este contexto Luce escribió en 1941 su famoso editorial con el que pretendía presionar a la administración Roosevelt para que los Estados Unidos entrasen en la Segunda Guerra Mundial, ya que de esta manera los Estados Unidos terminarían de desplazar a Gran Bretaña como la gran potencia dominante.²¹

En el número del 17 de febrero de la revista *Life*, Luce publicó un importante editorial titulado “El siglo americano” en el que condensó buena parte del imaginario sobre el auge estadounidense que venía labrándose desde tiempos de O’Sullivan, y que este actualizó en el formato que predominaría durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI.

El mundo, según Luce, estaría tornándose más peligroso debido a los constantes conflictos bélicos. Los Estados Unidos serían afortunados en comparación con el resto de naciones, pues disfrutaban de una riqueza material y de una paz ausente en el resto del globo. Sin embargo, los problemas del mundo acabarían por convertirse en los problemas de América, por lo que los Estados Unidos se verían obligados a actuar:

¿Acaso se limita hoy en día nuestra política nacional a la defensa de la patria americana por cualquier medio que parezca prudente? No lo creo. No estamos en conflicto para defender nuestro territorio. Estamos en una guerra para defender e incluso para promover, fomentar e incitar los principios democráticos en todo el mundo.²²

Al igual que hiciera O’Sullivan en 1839 y en 1845, Luce defendió un siglo después el ideal misionero de la democracia, en donde los intereses nacionales estadounidenses quedarían fusionados con los más altos principios democráticos. Pero a diferencia de la perspectiva con-

²¹ Donald W. White, “The ‘American Century’ in World History”, *Journal of World History*, Vol. 3, No. 1 (Spring, 1992), pp. 105-108; Paul Kennedy, “The Next American Century?”, *World Policy Journal*, Vol. 16, No. 1 (Spring, 1999), p. 52; Joseph S. Nye Jr., “Is the American Century Over?”, *Political Science Quarterly*, Vol. 130, No. 3 (Fall 2015), p. 396.

²² Henry Luce, “The American Century”, *Life*, Nueva York, (17 de febrero de 1941), p. 62.

tinentalista y hemisférica del Destino Manifiesto, el Siglo Americano planteó por primera vez el alcance global de la hegemonía americana. América estaría destinada a convertirse en el arsenal global de la democracia, y para ello debía defender a sus aliados en la guerra. Para cumplir su misión, los Estados Unidos deberían abandonar de una vez por todas su tradición aislacionista y adaptarse al reto de ser la superpotencia en la que el país ya se había convertido de facto:

En el ámbito de la política nacional, el problema fundamental de los Estados Unidos ha sido y es, que mientras la nación se convirtió durante el siglo XX en la potencia más poderosa y vital del mundo, sin embargo, los estadounidenses no fueron capaces de acomodarse espiritual y prácticamente a ese hecho. De ahí que no hayamos podido desempeñar nuestro papel como potencia mundial, un fracaso que ha tenido consecuencias desastrosas para nosotros y para toda la humanidad. Y la cura es ésta: aceptar de todo corazón nuestro deber y nuestra oportunidad como la nación más poderosa y vigorosa del mundo y, en consecuencia, ejercer sobre el mundo el impacto total de nuestra influencia, para los propósitos que veamos y por los medios que consideremos.²³

Este discurso sobre el auge americano vendría avalado por el espectacular crecimiento económico, demográfico y militar experimentado por los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XX. El siglo XX estaría llamado a convertirse en el siglo americano, lo que imponía a los Estados Unidos el deber manifiesto de conformar el mundo en base a su propia visión. Su sistema político debería servir de ejemplo para el resto de las naciones. La cultura americana (el jazz, Hollywood, los productos y patentes americanas) se estarían propagando de manera efectiva por el globo, convirtiéndose en lo único que compartirían en común todas las personas de la tierra. Todo ello posibilitado por la libertad de comercio y empresa, que serían el sello característico de los Estados Unidos, por lo que su misión consistiría en que estos se extendieran y prevalecieran en todo el globo.²⁴

Cincuenta y un años después Francis Fukuyama retomaría esta visión de auge del libre mercado y la democracia liberal representados por los Estados Unidos para proponer que, con la caída de los regímenes de socialismo real a principios de los años noventa del siglo XX, las luchas ideológicas que habían protagonizado ese siglo habrían llegado a su fin, junto con todas las alternativas a este modelo y, con ellas, la manera en la que se había fundamentado hasta el momento la historia universal.²⁵

²³ *Ibid*, p. 63.

²⁴ *Ibid*, pp. 64-65.

²⁵ Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man* (Nueva York: The Free Press, 1992), pp. XII-XXII, 42-51.

Con este planteamiento de auge Fukuyama parecía dar la razón a O'Sullivan y Luce, a la par de retornar al viejo tropo propuesto por los Padres fundadores que planteaba el sistema político americano como un seguro contra la acción destructora del tiempo. A fin de cuentas, el fin de la historia traía como corolario la imposibilidad del declive. Sin embargo, esta filosofía de la historia triunfalista estaba lejos de perdurar. En los discursos decimonónicos del auge los Estados Unidos habían sido concebidos como la nación del futuro, y el siglo XX a su vez fue proclamado como el siglo americano. Pero ¿y el siglo XXI? Desde la perspectiva biologicista de los discursos declivistas a la juventud del auge le sucedía la madurez del apogeo para acto seguido comenzar el tránsito a la senectud y el declive. Y esta fue la gran preocupación que comenzó a dominar en los círculos académicos y de poder estadounidense a partir de la Guerra Fría.

Tal y como ha señalado Joseph S. Nye, durante el periodo de entreguerras hasta el final de la Segunda Guerra Mundial la destrucción de las economías europeas condujo a que los Estados Unidos representasen casi la mitad de la economía mundial, cifra que se redujo a un 25% en los años 70 del siglo XX tras dos décadas y media de reconstrucción europea. El reajuste en la distancia económica entre Europa y los Estados Unidos fue un factor importante en el inicio de los debates declivistas estadounidenses, a lo que se sumó la crisis del petróleo en el 73, la derrota en Vietnam y la crisis de los valores tradicionales por el auge de la contracultura, lo que condujo a un cambio de tendencia desde los discursos de auge a los de declive, alterando de este modo la perspectiva dominante en la filosofía de la historia predominante entre el *establishment* norteamericano.²⁶

3. Los debates imperiales y declivistas de la Guerra Fría

Hasta mediados de la Guerra Fría, en los Estados Unidos predominaron los discursos del auge imperial, si bien estos se encuadraban dentro de una filosofía de la historia declivista. La tendencia histórica que había experimentado el país se había encontrado marcada por un crecimiento sostenido en el ámbito territorial, económico, militar, de influencia cultural y política, por lo que los discursos imperiales americanos se habían caracterizado por el optimismo y el mesianismo.

Esta tendencia continuó durante los veinte años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial, durante el periodo en que los Estados Unidos edificaron el nuevo orden internacional y las organizaciones supranacionales que lo gobernarían. Sin embargo, a partir de la segun-

²⁶ Joseph S. Nye Jr., "Is the American Century Over?", *Political Science Quarterly*. Vol. 130, No. 3 (Fall, 2015), p. 394.

da mitad de los años 60 comenzaron a aparecer voces que pusieron en tela de juicio la capacidad de los Estados Unidos para mantener su hegemonía durante un periodo prolongado de tiempo. A partir de ese momento surgieron dos debates interconectados que han marcado la forma de entender los Estados Unidos en el ámbito de las relaciones internacionales y entre la opinión pública.

En los años 60 la guerra de Vietnam trajo consigo el debate sobre si los Estados Unidos eran un imperio y, a su vez, la incapacidad estadounidense de imponerse en este conflicto fue abriendo un nuevo debate sobre el posible declive nacional. Ambas discusiones, la del carácter imperial de los Estados Unidos y la de la caída del imperio americano, se configurarán como dos polos magnéticos antitéticos que atraerán hacia sí los discursos declivistas contemporáneos.

Por una parte, los debates sobre el carácter imperial de los Estados Unidos tuvieron lugar como reacción a la guerra de Vietnam de 1960 a 1975, y durante la llamada guerra contra el terrorismo de George W. Bush de 2001 a 2008, con especial hincapié durante la Segunda guerra de Irak y los años inmediatamente posteriores.²⁷

En la década de los 60 varios autores europeos como George Liska y Raymond Aaron fueron pioneros en la conceptualización de los Estados Unidos como un imperio, y encontraron en los Estados Unidos su contrapartida entre los historiadores de la Escuela de Wisconsin, entre los que destacaron William Appleman Williams y Walter La Feber, quienes desde una óptica marxista intentaron corregir a los autores de la escuela diplomática tradicional. Entre estos últimos se encontraban Samuel F. Bemis y Julius W. Pratt, quienes propusieron que la política imperialista de 1898 fue una “gran aberración”, por considerar que la transformación de la república en un imperio colonial suponía tanto un error político como una desviación histórica con respecto a los principios fundacionales del país. Frente a ellos, la Escuela de Wisconsin defendió que el carácter imperialista de la república se encontraba en su ADN fundacional, siendo alimentada por todo el proceso de expansión territorial del siglo XIX, por las políticas imperialistas de 1898 y posteriores en Latinoamérica, y con la guerra de Vietnam como un capítulo más dentro de una larga tradición de injerencias extranjeras en pos de aumentar la esfera de influencia estadounidense.²⁸

²⁷ Daniel H. Nexon y Thomas Wright, “What’s at Stake in the American Empire Debate?”, *The American Political Science Review*, Vol. 101, No. 2 (May, 2007), p. 253.

²⁸ Paul K. MacDonald, “Those who Forget Historiography are Doomed to Republish it: Empire, Imperialism and Contemporary Debates about American Power”, *Review of International Studies*, Vol. 35, No. 1 (Jan., 2009), p. 47; Stephen Howe, “American Empire: the History and Future of an Idea”, *Open Democracy*, (June 12, 2003), consultado en: https://www.opendemocracy.net/en/article_1279jsp/, 29/11/2021 a las 19:15.

Sin embargo, el mayor debate imperial se dio durante la primera década del siglo XXI, enfrentando a la izquierda académica militante con los autores institucionalistas de las relaciones internacionales. Dentro de los Estados Unidos, entre los autores que han defendido el carácter imperial del país han destacado el lingüista Noam Chomsky y el sociólogo James Petras, cuyas voces alcanzaron gran relevancia como autores críticos con las guerras acontecidas durante la era Bush. De gran importancia fueron también las tesis de los filósofos Antonio Negri y Michael Hardt expuestas en su obra *Imperio* (2000) que redefinió en buena medida los términos en que se concebía este concepto, dándole un sentido menos ligado a las políticas de los Estados nación y más vinculada a la relación entre predominio americano y proceso de acumulación capitalista.²⁹

Por su parte, entre los autores estadounidense de corte institucionalista ha habido menos consenso sobre el carácter imperial de la república. Por lo general, la razón de estos autores para evitar definir a los Estados Unidos como un imperio se basó en el argumento de que el país no había desarrollado una estructura de dominación imperial formal, ya fuera en forma de protectorados, colonias o cualquier otro tipo de arreglo institucional que jurídicamente estableciera la subordinación oficial del actor periférico al centro metropolitano.³⁰

Ejemplos de este tipo de razonamientos pueden encontrarse en David A. Lake, quien para hablar del poder internacional de los Estados Unidos ha acuñado el término de “jerarquía americana”, siendo las jerarquías internacionales un tipo de poder basado en la autoridad, y no en la fuerza. Los Estados Unidos ejercerían un predominio internacional porque habrían amasado una legitimidad y reconocimiento que impulsaría al resto de actores a imitarles y a obedecerles, pero no porque cuenten con mecanismos de predominio imperial clásico. John G. Ikenberry supone otro ejemplo destacado de teóricos de las relaciones que niegan el carácter imperial de los Estados Unidos. Si bien fue un ferviente crítico de la política exterior de George W. Bush, a la que llegó a denominar de imperialista, para Ikenberry el predominio americano no puede considerarse imperial porque su poder es hegemónico, es decir, su predominio proviene del liderazgo militar, económico y tecnológico que este actor ejerce sobre el resto del sistema

²⁹ MacDonald, “Those who Forget Historiography...”, pp. 48-50.

³⁰ El problema de este argumento radica en que impone un modelo normativo, prescriptivo y ahistórico a la forma de imperio, que está basado en las experiencias del imperialismo europeo en un periodo específico de su historia, que sus autores pretenden convertir en la única manera de concebir los imperios en cualquier época y cuya realidad no tiene vigencia en la actualidad. Esta perspectiva normativista imposibilita hablar de imperios tras la descolonización, pues en la actualidad ningún país conserva estructuras de imperialismo formal como las que existieron entre finales del siglo XIX y principios del XX.

internacional, pero no porque ejerza un control colonial directo sobre el resto de los actores globales.³¹

Joseph Nye por su parte también puede agruparse dentro de este grupo de autores contemporáneos de las relaciones internacionales que han buscado redefinir el carácter del poder imperial al margen de la categoría de “imperio”. De hecho, Nye considera que la noción de “imperio” usada de manera metafórica para referirse a la primacía internacional de los Estados Unidos resultaría engañosa, pues el poder de los Estados Unidos no residiría en su predominio sobre una estructura territorial de imperialismo formal y su capacidad de influencia sobre los asuntos internos de otras potencias estaría claramente restringido, al igual que su posibilidad de imponer unilateralmente su criterio sobre el concierto de potencias internacionales. De esta manera Nye rechaza las nociones de “imperio” y “hegemonía” comunes en estos debates, para apostar por el concepto de “primacía”. La idea de la primacía estadounidense se basaría en la capacidad de los Estados Unidos de hacer valer su posición tanto por el uso de medios directos de poder convencional, como el uso de la fuerza o su potencial financiero (ambos en el centro de su noción de *hard power*), así como por medio de medios indirectos de influencia política como son la diplomacia, la propaganda cultural a través de los medios de masas o la formación de élites foráneas educadas en los valores americanos a través de becas y programas de intercambio. Esta dimensión de “*soft power*” que le ha hecho famoso es la clave de bóveda de su teoría agencial del poder internacional, que contrasta con otras perspectivas institucionalistas de corte realistas más centradas en una visión estructural del poder. Una política que equilibrase medios convencionales de poder duro junto a medidas políticas de poder blando conformaría una unidad de “*Smart power*”, que sería clave para fundamentar e implantar la primacía estadounidense. Durante los debates imperiales y declivistas de la era Bush Nye esgrimió la noción de poder blando para contraponerse tanto a los halcones neoconservadores como a los críticos del imperialismo americano, defendiendo que lo que se encontraba en declive no era la primacía estadounidense sino el uso de medios de poder blando, lo que en el largo plazo dificultaría la permanencia de dicha primacía.³²

Considerando la mayor parte de propuestas del debate imperial en los Estados Unidos, Nixon y Wright han destacado que este se ha ca-

³¹ David A. Lake, “The New American Empire?”, *International Studies Perspectives*, No. 9 (2008), pp. 282-286; John G. Inkerberry, *Liberal Order and Imperial Tradition*, (Cambridge: Polity Press, 2006) pp. 1-8; 51-72.

³² Joseph S. Nye Jr., “Soft Power and American Foreign Policy”, *Political Science Quarterly*. Vol. 119, No. 2 (Summer, 2004), pp. 261-270 y Joseph S. Nye Jr., “The Decline of American Soft Power: Why Washington Should Worry”, *Foreign Affairs*, Vol. 83, No. 3 (May - Jun., 2004), pp. 16-17.

racterizado por la ausencia de una definición consensuada sobre qué es un imperio, dando lugar a que el criterio para aplicar esta categoría a los Estados Unidos haya dependido de la opinión que los autores se hayan formado sobre la política exterior estadounidense, en donde sus críticos son partidarios de utilizar este término como forma de agitación política, mientras que sus partidarios tienden a evitarlo o a buscar denominaciones alternativas para la hegemonía estadounidense y de esta manera legitimar su política exterior.³³

En cualquier caso, los debates imperiales americanos se han caracterizado por acontecer en momentos de despliegue del poderío estadounidense, y por lo general son discursos que tienden a resaltar los efectos de su dominio internacional, por lo que se entroncan dentro de los discursos del auge (aunque se realicen desde una perspectiva crítica). Sin embargo, tras los periodos de debate imperial han acontecido dos episodios de debate declivista inspirados por el fracaso de la política exterior estadounidense (tanto de la Guerra de Vietnam en los años 70 como con respecto a las guerras de Irak y Afganistán a finales de la Era Bush).

Ha habido dos periodos diferenciados de debates declivistas en los Estados Unidos. El primero comenzó a mediados de los años 60 y se extendió hasta finales de los 80, teniendo su momento de mayor intensidad durante la presidencia de Ronald Reagan. El segundo periodo declivista comenzó con la crisis económica del 2007 y se ha acentuado durante la presidencia de Donald J. Trump, siendo un factor importante en su victoria del 2016.

El primer periodo de debate declivista tuvo su origen en los últimos años de la guerra de Vietnam, provocado por el alargamiento del conflicto, las protestas sociales y la sospecha de que la guerra podía llegar a perderse. Una de las primeras obras de este debate fue el libro de Henry Kissinger *American Foreign Policy: Three Essays* (1969), en donde tras analizar la situación en Vietnam y las revueltas tras el Telón de Acero, Kissinger llegó a la conclusión de que el esquema geopolítico bipolar habría fracasado por la incapacidad de las dos superpotencias de traducir su poderío militar en control efectivo de sus zonas de influencia. Por este motivo Kissinger creía que el mundo transitaría desde la bipolaridad a la multipolaridad, dando lugar a un declive tanto de la Unión Soviética como de los Estados Unidos.³⁴

Durante los años 70 las posiciones declivistas fueron ganando relevancia debido a la suma de múltiples crisis que se concatenaron

³³ Nexon y Wright, "What's at Stake in the American Empire Debate?", p. 253.

³⁴ Henry Kissinger, *American Foreign Policy: Three Essays* (Nueva York: W.W. Norton & Co., 1969), pp. 53-90, 128-136; Michael Cox, "Is the United States in Decline, Again?", *International Affairs*, Vol. 83, No. 4 (Jul., 2007), p. 645.

hasta generar un clima de alarma entre las élites políticas y en la población en general: 1° la crisis de 1973 puso fin a tres décadas de crecimiento ininterrumpido poniendo en cuestión el orden económico internacional instaurado por los Estados Unidos en la conferencia de Breton Woods; 2° el escándalo del Watergate acontecido en 1972, y cuyas investigaciones se sucedieron hasta la renuncia de Nixon en 1974 supuso una crisis política que no encontraba precedentes desde la presidencia de Warren G. Harding, lo que minó la confianza en un sistema político que hasta la fecha había hecho de la ejemplaridad uno de sus principales estandartes internacionales; 3° por último, el fin de la guerra de Vietnam en 1975 supuso la primera derrota militar de los Estados Unidos en toda su historia, lo que a su vez dotó de legitimidad al movimiento antibelicista y a su impugnación del orden tradicional americano, por lo que la crisis militar se tradujo a su vez en una crisis de los valores tradicionales del establishment social. Estas tres crisis combinadas pusieron las bases de un largo debate sobre el declive del poder americano que no se cerró hasta la caída del muro de Berlín.

En los años 80 el auge de Japón ofreció una última prueba del hipotético declive americano. Los Estados Unidos habían confiado hasta el momento en su supremacía tecnológica y económica con respecto a su principal competidor, la Unión Soviética. Pero estas dos ventajas no podían aplicarse a Japón, cuyas innovaciones tecnológicas renovaron con el toyotismo el campo de la producción, ahondado en la crisis del sistema fordista deslegitimado desde la crisis del 73. En este contexto Ronald Reagan consiguió ganar las elecciones de 1980 con un lema de campaña declivista que exhortaba a los estadounidenses a recuperar la grandeza perdida de América: “Let’s Make America Great Again”. Tal y como sucederá con Donald J. Trump y su recuperación de este lema, la nostalgia imperial contenida en esta máxima no hará referencia a ninguna época específica de grandeza nacional, sino a un espíritu de pérdida compartido por grandes capas de la ciudadanía. La grandeza pasada de América no era un dato concreto al que acudir, sino una certidumbre vivencial basada en los treinta años de crecimiento económico y progreso social de la postguerra. Pero en realidad, tanto Reagan como Trump no van a proponer volver al modelo económico y social de esos años, sino a un mito de grandeza: El mito de una próspera superpotencia cuya voluntad política dio forma al concierto internacional de su época, a la par que creó oportunidades económicas que nunca antes habían estado al alcance de amplias capas de población.³⁵

³⁵ Iwan Morgan, “Make America Great Again: Ronald Reagan and Donald Trump” en Mara Oliva y Mark Shanahan, *The Trump Presidency: From Campaign Trail to World Stage* (Cham: Springer Nature, 2019), pp. 59-61; Alan L. Raucher, “The Recent American De-

El debate declivista experimentó su cenit a finales de los años 80 con la publicación de la obra de Paul Kennedy *Auge y caída de las grandes potencias* (1987), si bien se planteó como una historia y teoría general sobre los declives imperiales, su último capítulo dedicado al declive futuro de los Estados Unidos tuvo una enorme repercusión entre los especialistas y la opinión pública del periodo. Tal fue así, que Kennedy fue llamado a declarar en primavera de 1988 ante el comité de gasto del Senado para asesorar a los legisladores sobre cómo evitar el inminente declive nacional. Según Kennedy las causas del declive se encontrarían en una pérdida de competitividad de los Estados Unidos por el desfase tecnológico de su industria tradicional con respecto a la de sus nuevos competidores (Japón). Esto reavivaría el resurgimiento de un discurso proteccionista por la entrada masiva de productos extranjeros, lo que daría lugar a un repliegue de los Estados Unidos sobre si mismos que le harían descuidar su estatus internacional. Todo esto provocaría un problema de sobreextensión por la incapacidad de los Estados Unidos de afrontar los gastos inherentes a conservar su esfera de influencia global. Lejos de hacer reformas para afrontar este problema, Kennedy juzgaba con desaprobación las políticas de gasto militar de Reagan, que estarían sustrayendo recursos fundamentales para la reformulación de su sistema productivo, ahondando aún más en los problemas de sobreextensión.³⁶

El principal adversario de las tesis de Kennedy fue el politólogo Samuel P. Huntington. Según Huntington, Kennedy se equivocaba al señalar la sobreextensión como el principal problema de las superpotencias, pues tal y como habían señalado los autores declivistas clásicos los imperios experimentaban su decadencia debido al estancamiento, a la pérdida de dinamismo nacional, lo que les hacía presas de sus adversarios. La clave para evitar el estancamiento se encontraría en los procesos de renovación nacional: las sociedades que promovieran la competitividad, la movilidad y el aperturismo serían capaces de recobrar el dinamismo y reponerse al declive. Y los Estados Unidos, en virtud de su sociedad democrática y a la economía de mercado tendría en su sistema político, económico y cultural los mecanismos necesarios para salir del estancamiento y el declive. Huntington, sin embargo, acabó defendiendo posiciones declivistas en su libro *El choque de civilizaciones* (1996) considerando que occidente había renunciado a defender sus cualidades civilizatorias distintivas y permitiendo que los inmigrantes fueran diluyendo los

clivist Controversy: The Case of Historian Paul Kennedy”, *Studies in Popular Culture*, Vol. 24, No. 2 (October 2001), pp. 41-43.

³⁶ *Ibid*, pp. 38-43. Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000* (Londres: Unwin Hynman, 1988), pp. 525-535.

rasgos de la cultura occidental al negarse a su asimilación en los valores de su nueva patria.³⁷

Conclusiones

El siglo XXI ha sido testigo de la formación de dos nuevos debates declivistas estadounidenses herederos de los debates imperiales acaecidos durante la Guerra Fría. En primer lugar, la mentalidad eufórica desatada por la caída de la Unión Soviética provocó un temporal desvanecimiento de la mentalidad declivista debido a la preeminencia de los Estados Unidos con el nuevo orden unipolar. Esta, sin embargo, volvió a emerger durante la administración neoconservadora de George W. Bush agitada por el temor de esta élite política a que la hegemonía americana fuera un hecho pasajero, lo que les condujo a plantear un “Nuevo Siglo Americano”. Este se concretó mediante un despliegue del poder militar estadounidense en Afganistán e Irak, que por motivos de seguridad debieran asegurar el dominio económico y geoestratégico de Medio Oriente. Esta estrategia, lejos de lograr afianzar la primacía estadounidense, ha acelerado la visión declivista que aquejaba a los neoconservadores, ahondando en los debates imperiales y en la visión de los Estados Unidos como una potencia en declive.

A esto hay que añadir que en la actualidad los Estados Unidos se encuentran envueltos en una tercera ola de debates declivistas de gran complejidad y magnitud: El auge de China en las últimas décadas, la crisis económica del año 2008, el fin de la unipolaridad tras la misma y el fracaso de las guerras de Irak y Afganistán han reabierto viejos debates que se pensaban cerrados desde la caída del muro de Berlín. Donald J. Trump se vio impulsado por este estado de opinión como muestra la popularidad de su lema de campaña “Make America Great Again” (MAGA) explotando la idea del declive de América como un factor clave de su proyecto político durante sus cuatro años de presidencia. Pero su propia acción de gobierno no ha hecho más que profundizar en la idea del declive estadounidense, llegando a un punto de inflexión con su negativa a reconocer la victoria de Joe Biden en noviembre del 2020, negativa que llevó a que sus seguidores asaltasen el Capitolio en enero del año siguiente, dejando imágenes al mundo que muchos analistas no dudaron en comparar con la caída del Imperio Romano. La presidencia de Biden no se ha librado tampoco del imaginario declivista, que emergió con fuerza en agosto del 2021 cuando los talibanes recuperaron Kabul, expulsando al gobierno afga-

³⁷ Samuel P. Huntington, “The US: Decline or Renewal?”, *Foreign Affairs*, Vol. 67, No. 2 (Winter, 1988), pp. 72-78; Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (Buenos Aires: Paidós, 2001), pp. 18,74, 296-299.

no instalado por los Estados Unidos dos décadas atrás. Las imágenes de los diplomáticos norteamericanos abandonando su embajada, junto a la caótica evacuación de sus colaboradores afganos en el aeropuerto de Kabul, todo ello condujo a trazar numerosas analogías con la caída de Saigón llevando a su cénit los debates declivistas americanos a un nivel internacional.

El estudio de los debates declivistas en el neoconservadurismo, Trumpismo y en la actualidad es un tema de una enorme actualidad y complejidad que desborda las posibilidades de este artículo. Sin embargo, considero que he planteado en las páginas precedentes una genealogía de sus antecedentes que ayuda a comprender que la idea de unos Estados Unidos en declive no es nueva para la cultura política americana. Muy al contrario, esta se encuentra presente en el momento mismo de su fundación, y ha atravesado toda su tradición intelectual, configurando una filosofía de la historia que cuenta con dos polos discursivos (un repertorio discursivo de auge y otro propiamente declivista), de cuya tensión surge una cosmovisión geopolítica sobre la permanencia internacional del poder americano.

Esta cosmovisión declivista, además de fundamentar una filosofía de la historia clave para sus élites en su comprensión y diseño de la política exterior norteamericana, ha servido además como medio de expresión de la nostalgia imperial en la cultura política estadounidense: no como la idea de un imperio perdido que hay que recuperar, sino como el miedo al desvanecimiento de una hegemonía aún vigente que amenaza con desaparecer, llevándose consigo todos los privilegios inherentes a ser una superpotencia.

Bibliografía

- Allison, Graham. *Destined for War: Can America and China escape Thucydides' Trap?* Melbourne y Londres: Scribe, 2017.
- Boym, Svetlana. *El futuro de la nostalgia*, Madrid: Antonio Machado Libros, 2015.
- Carey, George W. y McClellan, James [eds.]. *The Federalist*. Indianapolis: Liberty Fund, 2001, pp. 88-93.
- Cox, Michael. "Is the United States in Decline, Again?", *International Affairs*, Vol. 83, No. 4 (Jul., 2007), pp. 643-653.
- Fukuyama, Francis. *The End of History and the Last Man*, Nueva York: The Free Press, 1992.
- Gallagher, John y Robinson, Ronald. "The Imperialism of Free Trade", *The Economic History Review*, New Series, Vol. 6, No. 1 (1953), pp. 1-15.
- Geiger, Roger L. *The History of American Higher Education: Learning and Culture from the Founding to the World War II*, Princeton, Princeton University Press, 2015

- Herman, Arthur. *La idea de decadencia en la historia occidental*, Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1998.
- Howe, Stephen. “American Empire: The History and Future of an Idea”, *Open Democracy* (June 12, 2003), consultado en: https://www.opendemocracy.net/en/article_1279jsp/
- Huntington, Samuel P. “The US: Decline or Renewal?”, *Foreign Affairs*, Vol. 67, No. 2 (Winter, 1988), pp. 76-96.
- *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Buenos Aires: Paidós, 2001.
- Inkerberry, John G. *Liberal Order and Imperial Tradition*, Cambridge: Polity Press, 2006.
- Kennedy, Paul. *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Londres: Unwin Hyman, 1988.
- “The Next American Century?”, *World Policy Journal*, Vol. 16, No. 1 (Spring, 1999), pp. 52-58.
- Kissinger, Henry. *American Foreign Policy: Three Essays*, Nueva York, W.W. Norton & Co., 1969.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona: Editorial Paidós, 1993.
- Lake, David A. “The New American Empire?”, *International Studies Perspectives*, No. 9 (2008), pp. 81-89.
- Luce, Henry. “The American Century”, *Life*, Nueva York (17 de febrero de 1941), pp. 61-65.
- MacDonald, Paul K. “Those who Forget Historiography are Doomed to Republish it: Empire, Imperialism and Contemporary Debates about American Power”, *Review of International Studies*, Vol. 35, No. 1 (Jan., 2009), pp. 45-67.
- MacDonald, Paul K. y Parent, Joseph M. *Twilight of the Titans: Great Power Decline and Retrenchment*, Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2018.
- Morgan, Iwan. “Make America Great Again: Ronald Reagan and Donald Trump” en Oliva, Mara y Shanahan, Mark. *The Trump Presidency: From Campaign Trail to World Stage*, Cham: Springer Nature, 2019, pp. 59-82.
- Morley, Svetlana. “Decadence as a Theory of History”, *New Literary History*, Vol. 35, No. 4, Forms and/of Decadence (Autumn, 2004), pp. 573-585.
- Nexon, Daniel H. y Wright, Thomas “What’s at Stake in the American Empire Debate?”, *The American Political Science Review*, Vol. 101, No. 2 (May, 2007), pp. 253-271.
- Nye Jr., Joseph S. “The Decline of American Soft Power: Why Washington Should Worry”, *Foreign Affairs*, Vol. 83, No. 3 (May - Jun., 2004), pp. 16-20.
- “Soft Power and American Foreign Policy”, *Political Science Quarterly*. Vol. 119, No. 2 (Summer, 2004), pp. 255-270.

- “Is the American Century Over?”, *Political Science Quarterly*. Vol. 130, No. 3 (Fall, 2015), pp. 393-400.
- Onuf, Peter S. *Jefferson’s Empire: The Language of American Nationhood* University Press of Virginia, Charlottesville, 2000.
- [O’Sullivan, John L.], “The Great Nation of Futurity”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 6, N. 23 (Nov., 1839), pp. 426-430.
- Pocock, John G. A. *Barbarism and Religion Vol. 3: The First Rise and Fall*, Cambridge: Cambridge University Press, 2003
- *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2008.
- Polibio, *Historia: libros V-XV*, Madrid, Editorial Gredos, 2000.
- Raucher, Alan L. “The Recent American Declinist Controversy: The Case of Historian Paul Kennedy”, *Studies in Popular Culture*, Vol. 24, No. 2 (October 2001), pp. 37-63.
- Richard, Carl J. *The Founders and the Classics: Greece, Rome and the American Enlightenment*, Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1994.
- Schlesinger, Jr., Arthur M. *Los ciclos de la historia americana*, Madrid: Alianza editorial, 1988.
- Shalev, Eran. *Rome Reborn on Western Shores*, Charlottesville: University of Virginia Press, 2009.
- White, Donald W. “The ‘American Century’ in World History”, *Journal of World History*, Vol. 3, No. 1 (Spring, 1992), pp. 105-127.
- Wood, Gordon S. *The Creation of the American Republic 1776-1787*, The University of Chapel Hill: North Carolina Press, 1998.